ciliaron con Dios y con sus prójimos. Además por obra del mismo Padre abandonaron muchos el mundo y cuanto este podia prometerles; logrando en un solo dia que diez y siete jóvenes que atrajo con sus sermones y mantuvo despues con otros ejercicios espirituales, vistieran el hábito religioso.

CAPÍTULO IX.

Introduce Felipe la oracion cotidiana y comun en el Oratorio.

Siendo como es la oracion la llave de oro con que se abre no solo el cielo, sino por decirlo así aquellas arcas y cajas en donde se conservan como en riquísimo erario los auxilios y gracias de que tanta necesidad tiene la humana flaqueza; el prudente Felipe para fortificar y animar á aquellos que con el poderoso auxilio de los discursos familiares del Oratorio habia levantado del profundo báratro de la culpa y encaminádolos por el sendero de la salvacion: pensó en darles el firme apoyo

de la oracion, cuya fuerza y eficacia habia esperimentado y por la cual habian llovido sobre su alma las gracias y favores del cielo. Y como es continua la necesidad que tiene la humana flaqueza de los auxilios divinos, juzgó que debia ser tambien continua la oracion que ha de impetrarlos; y al efecto dispuso qne abriéndose á todos las puertas del Oratorio hubiese en él oracion á hora fija, y para que esta fuese mas ferviente y eficaz, quiso que se hiciera en comunidad segun la antigua costumbre de los primeros fieles.

Establecido este lugar, cuya comodidad atraia á los fieles, y en el que se inflamaban y enfervorizaban los unos con el ejemplo de los otros; señaló una hora fija para la oracion, y para mayor comodidad de los concurrentes dispuso que desde pascua de Resurreccion hasta las Calendas de setiembre, empezase á las seis de la mañana, y desde aquellas hasta la Pascua siguiente á las siete. Abriáse, pues, el Oratorio poco antes de la hora señalada por un hermano á quien se le habia encomendado este encargo, el cual tenia igualmente el cuidado de encender la lámpara y las velas, de

proveer de arena el reloj que debia medir el tiempo precioso destinado á tratar con Dios los importantes negocios de tantas almas, el libro de las sagradas preces que debian recitarse despues, como ya dirémos, y finalmente todo lo que era necesario para aquellos ejercicios. Dada la hora señalada se reunian allí los hermanos, y de rodillas delante de Dios por media hora, callando con la boca, pero clamando con el corazon con el mayor fervor que podian, trataban con su Señor del negocio de su alma, orando, llorando y suplicándole les perdonase las ofensas que le habian hecho; dándole gracias por los beneficios recibidos: pidiéndole los dones y las virtudes de que se juzgaban mas necesitados: alabando con todo su corazon á la divina bondad, y ocupándose por último en santas y devotas meditaciones, con las que su corazon se encendia siempre en mayor ardor.

Mas como en todos tiempos ha sido para la Iglesia católica de gran valor no solo la oracion mental, sino tambien la vocal, enseñada por los mas ardientes serafines que *clamabant alter ad alterum*, quiso el santo Padre

que en su Oratorio se uniese la una á la otra. Al concluir pues de pasar toda la arena del reloj que señalaba la media hora destinada para la oracion mental, haciéndose la señal con la campanilla por un sacerdote comisionado para esto, se recitaban en voz alta las letanías de los Santos: terminadas las cuales, al decir la oracion *Deus à quo sanctá desideria*, quiso Felipe, amantísimo de la paz y caridad fraternal, para conciliarla y avivarla, mayormente en el pecho de los que frecuentaban el Oratorio, que dos de estos tomasen dos imágenes de la Vírgen con Jesucristo nuestro Redentor, y las diesen á besar al mismo sacerdote, que les decia *Pax vobis*, á lo que respondian, *et cum spiritu tuo*: despues secesivamente las daban á besar los mismos á todos los concurrentes. Entre tanto habiendo terminado el sacerdote las oraciones acostumbradas despues de las letanías, de órden del mismo santo Fundador, á quien por la gran práctica que tenia en dirigir las almas, era bien conocido lo difícil que es el perseverar en el bien; exhortaba á todos á rezar cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías para obtener de Dios la perseve-

rancia en su santo servicio. Despues los invitaba á decir otros dos Padre nuestros y dos Ave Marías por la santa Iglesia, por el sumo Pontífice, cardenales, prelados y príncipes cristianos, por la conversion de los infieles, herejes y pecadores, y otro Padre nuestro y Ave María con el *Requiem æternam* por los hermanos del Oratorio y por todos los demás difuntos: por donde se manifiesta cuán viva era la caridad del bienaventurado Padre, que á todos abrazaba en su augusto pecho y pensaba en las necesidades de todos. Y por último á fin de pagar un tributo cotidiano á su gran Reina, Madre y Fundadora del Oratorio, ordenó que el mismo sacerdote dijese *Dominus det nobis suam pacem*, y que todos rezáran despues la *Salve Regina*, ú otra antífona de la Vírgen de las que usa la Iglesia segun la variedad de los tiempos; y diciendo despues un Padre nuestro y Ave María y cinco veces el santísimo nombre de Jesus por las necesidades de los hermanos encomendados á las oraciones comunes, segun la intencion de cada uno, se imploraba la continuacion del auxilio divino diciéndose: *Divinum auxilium maneat semper nobiscum*,

y de este modo terminaba este santo ejercicio.

Pero como las alas del alma, con que esta se eleva desde las cosas terrenas hasta las celestiales, son la oracion y la mortificacion, de tal modo que segun el consejo de los Santos y maestros del espíritu, no debe separarse la una de la otra; el santo Padre instituyó que en su comun y público Oratorio se ejercitase tambien la santa mortificacion, estableciendo al efecto que en tres dias de la semana, esto es, el lunes, miércoles y viernes en vez de rezar las letanías se tomára la disciplina. Concluida, pues, la acostumbrada media hora de oracion mental, y apagadas las luces, entonaba un sacerdote del Oratorio un breve paso de la pasion del Redentor para escitar los ánimos á tomar un castigo voluntario de la propia carne, en pago de las culpas pasadas y como preservativo de las futuras, ya que el Hijo de Dios por las mismas con tanto amor se dignó padecer inocentemente tan graves penas. En seguida cada uno, con instrumento destinado al efecto, se disciplinaba mientras se cantaban los Salmos *Miserere* y *De profundis*, y por último rezándose el Padre nuestro

y Ave María arriba dichos y la antífona de la Vírgen, se finalizaba este ejercicio.

Establecidas así las cosas que con tanto órden y devocion debian practicarse en el Oratorio, si grande fué el concurso de gentes que se agolpaban á oir los sermones familiares introducidos por Felipe, no fué menor ciertamente el que se reunió en el mismo lugar cuando abrió para universal beneficio aquella grande escuela de oracion. Pero no es de estrañar que tanta fuese la afluencia del pueblo que se reunia allí para orar, cuando todo el que con el Santo hacia oracion, aunque esta se prolongase demasiado, no solo no sentia cansancio ó fastidio, sino qne jamás habia gustado una suavidad y dulzura semejantes. Memorable fué á este propósito lo que sucedió á Francisco María Tarugi la primera vez que habló con el Santo; pues haciendo en su compañía una hora entera de meditacion, aunque á la sazon Tarugi tenia poca práctica ó mas bien era en ella novicio, por lo que hubiera debido sentir naturalmente fastidio y tedio en tan largo rato; sin embargo fué tal la suavidad de espíritu que esperimentó, que pasada la

hora no hizo alto en ello por la escesiva dulzura que le comunicó la compañía de Felipe. Y de dos antiguos hijos suyos llamados el uno Simon Grazini, florentino, el otro Alejandro Salvio, de Sena, refiere casi lo propio el P. Bernabé en la vida del santo Padre, intercalada en las *Actas de los Santos* por los célebres PP. Bollando y Papebrocquis; pues orando con él sintieron llenarse sus corazones de celestial júbilo, de modo que les pareció un breve instante la hora entera que pasaron en aquel sacrosanto ejercicio; por lo cual segun ellos mismos confesaron, hubieran estado orando siempre por su voluntad, si siempre el mismo júbilo hubiera inundado sus almas.

Cuán acepta y agradable fuese á Dios la oracion en comunidad, establecida por su siervo Felipe en el Oratorio, cada cual puede conocerlo fácilmente, mas no parece sino que el mismo Dios quiso manifestarlo con celestiales visiones. Es fama que en el Oratorio de Nápoles mientras se hacia en comunidad la acostumbrada oracion, se aparecieron dos Angeles que bajo la figura de graciosos y nobles jóvenes estuvieron esparciendo flores sobre

aquella devota reunion. Y no hay por que estrañarlo; pues si Jesucristo declaró que en donde estuviesen reunidos dos ó tres para dirigir sus ruegos al Altísimo, Él se hallaria tambien en medio de ellos; nada tiene de singular que se hallasen presentes los Angeles en donde estaban reunidos muchos hombres con el mismo objeto. Y si el oficio de aquellos es presentar y ofrecer á Dios los delicados perfumes de las oraciones de los justos, quisieron en esta ocasion dejarse ver esparciendo flores sobre aquellos fieles congregados, acaso para mostrar que habiendo agradecido y aceptado la majestad de Dios el perfume de sus plegarias, les concedia aquellas virtudes que ellos tal vez le pedian ardientemente, representadas por las bellas y olorosas flores que sobre ellos sembraban aquellos hermosos y celestiales mancebos.

CAPÍTULO X.

Introduce S. Felipe para alivio y consuelo de los pobres enfermos las visitas frecuentes á los hospitales de Roma, dedicándose á ello con incansable caridad los de su Oratorio.

Tenia sobrada razon el venerable Juvenal Ancina en afirmar que Felipe se mostraba admirable especialmente en la prudencia y destreza para inventar y promover ejercicios espirituales; la verdad de sus palabras se comprueba no menos con lo que hasta ahora se ha referido, que con lo que se dirá en los capítulos siguientes. Dijimos que habiendo abandonado el Santo el comercio en el mundo, al que pretendia inclinarle su padre, se trasladó á Roma para comerciar en espirituales y celestiales riquezas: y bien presto conoció las eternas ganancias que le ofrecia el vasto campo de los hospitales de Roma, siendo no solo ricos mercados en donde puede ganarse mucho con poco trabajo, sino inagotables minas en que enriquecerse espiritualmente; por cuyo motivo iba con frecuencia á tales lugares, consumiendo en tan piadoso y cristiano ejer-